



DEPARTAMENTO DE LITERATURA

FACULTAD DE EDUCACION Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE CHILE

DEPARTAMENTO DE LITERATURA

R
NUEVA

NUEVA REVISTA DEL PACIFICO N°5.

I Trimestre de 1977.

V
I
S
T
DEL PACIFICO



PRIMER TRIMESTRE

1977

POESIA DE JAIME QUEZADA : "INFANCIA Y CONTEMPLACION"!!.

La década del 60 al 70 se caracterizó en nuestro país por la renovadora presencia de varios grupos literarios que se enfrentaron con decisión y energía a problemas tan serios para cualquier escritor, como su vinculación a la gran tradición de poesía chilena, la responsabilidad del poeta ante su tiempo, la necesidad de un estilo propio que permitiera decir algo distinto a lo establecido, etc. Así, Tebaide en Arica, Arúspice en Concepción, Espiga en Temuco, Trilce en Valdivia, entre los mejores, escribieron páginas necesarias de la lírica chilena joven. Hoy día, reemplazador por los "talleres" literarios, de esos núcleos juveniles conservamos sus publicaciones, algunos de sus ideales y la presencia de uno u otro poeta que ha podido superar, sin traicionarla, los límites de esa experiencia gregaria de la creación artística.

Jaime Quezada es uno de estos poetas. Nacido en Los Angeles, iniciado en Arúspice, ha pasado a ocupar un lugar expectante en la poesía chilena de siempre.

Los libros que hasta el momento ha publicado (Poemas de las cosas olvidadas, 1965, Las palabras del fabulador, 1968, A la pata coja, 1970, Solentinane, 1972, Historia de familia, 1973, Poemas fechados, 1967-1974, Astrolabio, 1975) muestran la confluencia de ciertas líneas permanentes en su producción poética. Fiel a determinadas vivencias, con la lenta y selectiva tenacidad de la hormiga, Jaime Quezada ha sabido asimilar aquellas experiencias que le permiten profundizar y ampliar sus intuiciones básicas.

Adscrito al comienzo, de modo parcial, a la llamada "poesía de los lares", la obra poética de Jaime Quezada se aleja paulatinamente de la naturaleza para acercarse al hombre, a su problemática vital, a su angustiada temporalidad. Instancias centrales de esta búsqueda de la condición humana la constituyen la infancia como eje amado y odiado de la existencia, el conocimiento del bien y del mal y la experiencia de la temporalidad y eternidad de las cosas.

La infancia, como para todo niño, significa para el poeta el descubrimiento del mundo y el comienzo de su propio ser; su vivencia subyace en la cotidianidad y aflora ante los menores estímulos:

"Por el vidrio roto de la ventana
Ha entrado una plumilla de cardo
soy un hombre dichoso
Visitado por mi infancia"

(El visitante)

La infancia no es una noción abstracta ni un recuerdo idealizado en esta poesía, sino algo muy concreto: un lugar y una edad. El lugar es la casa paterna, el pueblo chico de provincia:

"... vuelo hasta lugares
poblados de árboles frutales y moscardones
Pienso en el patio que había en mi casa
en esta época nos transformábamos en gorriones
y no maduraban las grosellas ni las cerezas"

(Regreso al verano)

La edad es el inicio de la vida, dominada por la presencia de los adultos (los padres, los abuelos, los vecinos). La infancia es el espacio de las experiencias primordiales de la alimentación, el cariño, el castigo, la sospecha, el juego, el encuentro con los seres y cosas cotidianas.

Es un universo mágico, pero no perfecto: lleno de amor y maldad, de belleza y de dolor, ambiguo y contradictorio como la hermosa manzana que guarda en su interior el gusano que la va destruyendo.

El mundo del niño no es sólo "un pequeño sendero cercado de ciruelos", es también una parte del habitat del adulto, con todas las limitaciones de la pobreza, la injusticia, la muerte, el miedo; es un mundo querido y añorado, pero, al mismo tiempo, odiado y que se desea abandonar:

"Debajo de la mesa de un tirón me saca:

Plato y sopa

Mamá cuchara tiene:

Hínchame el estómago una papa

Que a la fuerza en la banqueta

Resistía"

(Mamá cuchara tiene).

"Huésped soy en una casa sospechosa

Y me ahogo con una cuerda al cuello

Que nadie ve y todos tiran"

(El huésped que vino de la viña)

Así como percibimos la polaridad amor-odio en la vinculación con la infancia, en la búsqueda de la naturaleza del hombre, la realidad se le presenta a Quezada como un conflicto entre el bien y el mal:

"Con el tiempo mi abuela paterna se fue poniendo

sorda

Y a más sordera más bastonazos conmigo

La otra la materna se quedó ciega y bondadosa

Y como fumaba cigarrillos la ideal

Me daba la postal a colores y en polotas de artistas unidos.

Y que yo juntaba para jugar a las cartas"

(Con el tiempo mi abuela paterna).

El poeta, de este modo, va descubriendo las costumbres, la tentación, el asesinato, las obligaciones, el sexo, la moral, el amor, la bondad, dándose cuenta de las implicaciones axiológicas que conllevan. También descubre que es el propio ser humano el causante del mal:

"Escribió en una tabla

No robar

No matar

Y salió en busca de su alimento

Encontró en el bosque a un hombre

Que estaba cuidando su ganado

Y mató al hombre

Y se llevó un venado"

(Testimonio).

Indignado por los vicios e imperfecciones del hombre (vanidad, adulterio, inautenticidad, embriaguez, mentira ...) el poeta denuncia los males con un marcado tono profético, religioso, de fundamentación cristiana ("La tentación", "Las primeras tablas", etc.); esta actitud se conecta con la forma de parábola de muchos poemas, y su acercamiento al ritmo del versículo por momentos y la presencia de diversos elementos de carácter bíblico, personajes como Adán y Eva, epígrafes tornados del Evangelio, mención de elementos tales como pan sin levadura, etc.)

A pesar de todo, la realidad es ambigua y engañosa: no siempre es fácil discernir el bien del mal:

"Hubo una tarde que mi padre me dejó deshierbando
el patio

Porque yo rayaba con tiza los muros de la calle
Escribía cosas como

la chabela no sabe jugar al luche

Entonces descubrí que había hierbas buenas
y hierbas malas

y que las hierbas malas

Daban flores bellas como las hierbas buenas"

(Hierbas buenas y hierbas malas).

Esto se debe a que el bien está muchas veces unido tan íntimamente con el mal, que llegan a confundirse, a constituir un solo ser, dual, contradictorio, confuso:

"La madre engaña a su hijo con un cuento
Y el plato de sopa queda limpio
El hijo crece
se hace hombre
Se casa. Tiene un hijo
Y el hijo engaña a su madre con un cuento
Y el plato se ensucia con el llanto.

(La herencia).

En este poema, además, se plantea con nitidez otra de las preocupaciones básicas de la lírica de Jaime Quezada: el problema del tiempo.

La temporalidad está sentida como una dimensión de lo existente, no como un objeto de meditación o estudio. El poeta se enfrenta a la caducidad de las cosas y a las transformaciones que el devenir produce en las personas; por ello, las distintas edades de la vida tienen preponderancia en los versos de Quezada: la infancia, la pubertad, la adultez, la ancianidad:

"Abuela un rato me suelto de su mano
De salto en salto voy vereda abajo:
Codos y rodillas
Entre poste de la luz y árbol vuelan
A punta de bastón avemarías cuento
Y una muela y otra muela me cuelga de la boca
Que pura sangre saliva ya no tengo.

(Nieto salí yo de abuela coja).

Aquí la infancia y la senectud están vistas en con
flicto; en otras ocasiones, aparecen ligadas a la muerte,
resultado inevitable del desgaste provocado por el paso
del tiempo.

Siempre en conexión con la temporalidad, aparecen
la nostalgia y el olvido, signos permanentes de la inevitabi
bilidad de aquélla:

"Paso por una calle de mi infancia
Me saludan sencillas mujeres
Que llevan sus hijos a la escuela
Pero ya no conozco a nadie"

(Una vez una calle).

Estas dos categorías aparecen contrapuestas al re-
cuerdo y a la eternidad, medios de recuperación de lo ya
vivido o de superación de la caducidad. La memoria del
poeta intenta hacer permanentes ciertas vivencias privile-
giadas, no sólo de la infancia, sino también de la adoles-
cencia y la madurez :

"Cuando pasé en febrero por Quezaltepeque
Había sido el corte del café:
Sólo hojas tenían los cafetos
Pero los blancos senos de Diana
Olían a flor de azahar de café"

(Solentiname, 14).

La tensión mayor se da entre la temporalidad y la
eternidad en la poesía de Jaime Quezada; la búsqueda del ámbito
de lo permanente se expresa de modo más pleno a través de

la experiencia de la contemplación. Esta actitud es visible desde el primer libro de Quezada, Poemas de las cosas olvidadas. Desde el texto que inicia el volumen aparecen imágenes de lo simple y cotidiano presentadas de modo yuxtapuesto y percibidas desde una perspectiva visual; la ausencia de verbos activos y el uso de formas verbales que connotan falta de actividad física por parte del hablante indican ya el anhelo de trascender la fugacidad de lo real:

"Aún quedan

dos gotas de parafina

en el estrecho espacio de una lámpara.

Y la débil llama

quema el lejano tallo de la noche.

Hay un poco de polvo

en todas las cosas

que el hombre quiere hacer eternas:

en el relincho infinito de un caballo

en la tristeza de un gato muriendo entre las tejas

en el olvidado instrumento que nunca nadie tocará"

(Aún quedan dos gotas).

El poeta describe lo cotidiano en su dimensión de eternidad y este hecho valoriza y justifica la preocupación por elementos naturales y culturales sin importancia para el común de los hombres:

"Un centavo

Llena de sonido

El muelle del ciego

Una lágrima

La cafetera suena como pequeña locomotora ...

Voy a mirar por una ventana el cielo

Una torcaza cae muerta sobre la mesa

Bajo los puentes de madera corre el agua

Y los aromos explotan como granadas amarillas iluminando

el cielo de este pueblo que no es el mundo.

(El olor a café me despierta una mañana).

El momento culminante de la contemplación reside en los poemas de Solentiname, gestados a partir de la experiencia de Jaime Quezada en la comunidad de Nuestra Señora de Solentiname, organizada por el poeta-sacerdote Ernesto Cardenal.

En estos textos el hablante trascendentaliza su sentido de la filiación, buscando la comunión con Dios Padre; sin embargo, de acuerdo a la línea ascética sistematizada en el campo de la creación artística por el monje-poeta norteamericano Thomas Merton, no habla del objeto mismo de la contemplación, sino de su proyección en las cosas temporales de la vida cotidiana: el trabajo manual, la casa, el libro, la cuchara, los pájaros.

Libre de ambiciones, angustias e intereses personales, el poeta perfecciona sus sentidos para entrar en comunión con la realidad y sentirse más cerca de los hombres:

"Un centavo

Llena de sonido

El monedero del ciego

Una lágrima

Es la gota que rebasa mi cuerpo
Y lo colma de gozo"

(Afanes).

La actitud contemplativa le ayuda a seguir ahondando su conocimiento de la condición humana, a través de un decisivo encuentro con su propia identidad:

"Me hago niño

Me hago eterno

Doquiera que vaya floreceré"

(Artículo de fe).

"Eremita en mi cuarto

Despojado de sentidos

Me encuentro y no me pierdo"

(Eremita)

El sentido pleno de la condición humana, de su propia identidad ontológica, lo establece en su vinculación con lo divino; en el epígrafe del libro escribe:

"Soy conocido en el cielo

Dios me conoce".

Iván Carrasco Muñoz

UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE

VALDIVIA